

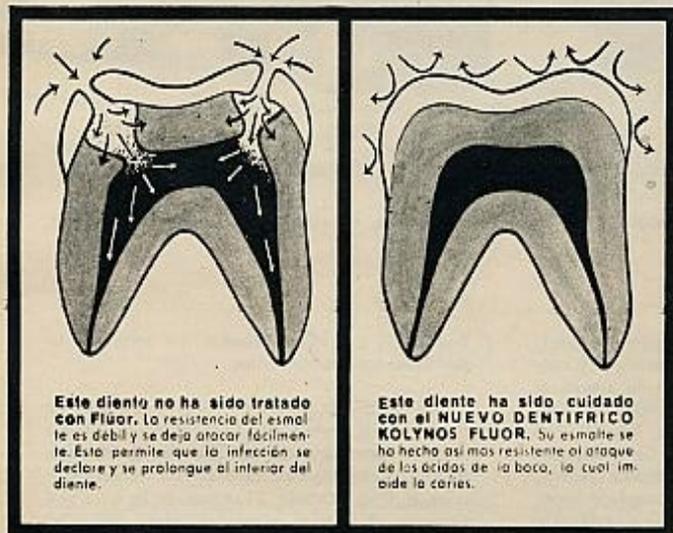
Ensayos científicos efectuados independientemente en Inglaterra y en Estados Unidos prueban que la incorporación de compuestos de Flúor al agua potable de las ciudades provoca una disminución de la caries dental.

AHORA!

KOLYNOS le sirve el

FLUOR en un
DENTIFRICO que
IMPIDE

VERDADERAMENTE LA CARIES



Los dentistas y los sabios reconocen, desde hace tiempo, que el fluoruro de sodio, una sustancia mineral natural, tiene el poder de atenuar considerablemente la caries dental. Desde 1945 numerosos municipios han incorporado este producto al agua de sus ciudades. El resultado ha sido una considerable disminución de las caries dentales en esas zonas donde el Flúor ha sido incorporado al agua.

AHORA, usted puede beneficiarse del Flúor, bajo una forma eficaz en un dentifrico: NUEVO dentifrico KOLYNOS CON FLUOR.

AHORA, usted puede tener dientes con resistencia a la caries muy aumentada

EL NUEVO KOLYNOS CON FLUOR AUMENTA LA RESISTENCIA DEL ESMALTE DE LOS DIENTES AL ATAQUE DE LOS ACIDOS.

EL NUEVO KOLYNOS CON FLUOR actúa acrecentando la resistencia del esmalte de los dientes al ataque de los ácidos de la boca. Y esta resistencia a los ácidos aumenta cada vez que usted se cepilla los dientes con **KOLYNOS CON FLUOR**, reforzando así cada vez más la protección contra la caries. Cuide, pues, sus dientes con **KOLYNOS CON FLUOR**. Protege los dientes mucho mejor que cualquier otro dentifrico corriente.



Kolynos es una marca registrada

¿HACIA LA

El ecumenismo está de moda. Todos quieren hablar de este fenómeno nuevo que el Concilio ha puesto de actualidad. Hoy parece de buen tono a los católicos mostrarse benevolentes —al menos teóricamente— con los hermanos que llamamos separados.

No sé, en el fondo, si eso lo predicán haciendo hincapié en el «hermano», o en el «separado». Pero, desde luego, adoptando una postura nueva en lo exterior, que mucho me temo no sea siempre todo lo comprensiva que aparenta.

A algunos de estos hermanos, que nosotros muchas veces hemos «separado», les da la sensación, en ocasiones, que más que un acercamiento nuestro, en el que nos adelantemos a ellos, lo que hacemos es dar una réplica al paso que ellos dieron antes que nosotros. Réplica que no siempre está clara en su intención, según piensan algunos.

POR eso es necesario que hagamos, en breve recorrido, historia de este acercamiento ecuménico, y recordemos la dificultad que ha existido hasta llegar a lo que hoy vivimos. Si Oriente se separó de Occidente en el siglo XI, hoy se sabe que hubo más una incomprensión mutua, y probablemente culpable por ambas partes, que una verdadera divergencia doctrinal sustancial.

Dos concilios intentaron la unión: el de Lyon y el de Florencia, celebrados a lo largo de los 5 siglos que pasaron del XI al XVI. Después ya no ha habido —hasta Pablo VI— ninguna muestra eficaz de acercamiento mutuo.

Hoy, en cambio, después de las entrevistas del Papa con el Patriarca Atenágoras de Constantinopla, volvemos a esperar confiadamente en un sincero acercarse que lleve a una nueva etapa de mayor unión.

Los mismos católicos orientales han visto —gracias a esa gran figura que es el Patriarca Máximos IV— que su misión empezaba a estar de más. Eran una especie de duplicado sin sentido, de lo que siempre debía haber sido aceptado como legítimo: el pensamiento ortodoxo oriental, separado más disciplinadamente, que doctrinalmente, de nosotros.

El ahora Cardenal Máximos, espera el momento adecuado para dar paso a la válida jerarquía ortodoxa, una vez que ésta acepte la «primacía en el amor», que tiene el Papa, como enseñó el gran teólogo del primer siglo, San Ignacio de Antioquía. «La unión (dice Máximos IV, el patriarca actual melquita-católico) no sería para nosotros nada más que una reconciliación de familia, no una humillante sumisión... Propuesta por nosotros la unión no presenta para nosotros ninguna ventaja personal. Al contrario, contribuye incluso a nuestra desaparición... Esperamos precisamente que, restablecida la unión, no se hable más de Iglesia oriental unida, o uniata; sino de Iglesia oriental sin más, en cuyas filas entraremos como si no hubiéramos salido nunca». Está este Cardenal dispuesto a dejar todos sus honores, y entrar en las filas ortodoxas, si aceptan ellos la unión, quedando él bajo la dependencia de ellos, y no exigir el sometimiento de los que se unan, a su autoridad.

LO ocurrido con el protestantismo es distinto. La forma de producirse la separación más que por una incomprensión de mentalidades diferentes, propias de Oriente y Occidente, fue motivada por una verdadera crisis religiosa.

La que señaló duramente en 1522 el Papa Adriano IV, el holandés a quien no le dolían prendas de sinceridad para reconocer lo que ocurría entonces en la Iglesia católica: «reconocemos —dijo este Papa— que Dios ha permitido esta persecución de la Iglesia por los pecados de los hombres».

Por eso no es extraño que desde el comienzo de la Reforma se hicieran intentos de unión. Intentos que comenzaron con San Francisco de Sales por parte católica, y el teólogo Teodoro de Beza por

UNIDAD CRISTIANA?

parte protestante, al poco de separarse los cristianos de Occidente el siglo XVI.

Más tarde fue Leibniz, el filósofo aristocrático, luterano convencido, quien inició con el célebre orador católico, el Obispo Bossuet, unas conversaciones escritas, que desgraciadamente no condujeron a nada concreto.

Y tras varios siglos nada podemos señalar, hasta 1921-1925 en que Lord Halifax por los anglicanos, y el fundador de la Universidad Católica de Lovaina, Cardenal Mercier, por los católicos, iniciaron a título privado un diálogo interesante y prometedor, si no hubiese sido por la muerte de éste último, que era quien —con su autoridad moral— mantenía el diálogo, a pesar de las suspicacias de la Curia romana. En él se llegó a aceptar, en principio, la primacía del Papa por «los anglicanos desde el punto de vista bíblico, histórico y dogmático: han declarado por escrito que una unión de la cristiandad era imposible sin el reconocimiento de la infalibilidad papal. Incluso han confesado que esta primacía no es sólo una primacía de honor, sino de responsabilidad y de dirección espiritual de toda la Iglesia, que justifica una situación particular del Papa, en relación con los demás obispos. Creen, no obstante, que hay que hacer una reserva: que estos derechos están sometidos a una evolución histórica, y esperan por eso ahora que haya una descentralización, y una aceptación de la idea de que el Papa no debe tener una autoridad separada de los obispos» (The Conversations of Malines).

Esa fue la situación al entrar en el cuarto de este siglo, sin que llegase a producirse la deseada unión; porque sólo fue conseguida, en parte, entre un grupo de bienintencionados teólogos, que hoy hubieran visto con alegría el decreto pontificio sobre la reforma de la Curia romana (la descentralización por ellos pedida es en él ya una realidad en marcha); y la colegialidad de los obispos, afirmada por el Concilio Vaticano II, pese a sus tenaces contradictores, sedicentes representantes de una tradición que no tenía más de dos o tres siglos de vigencia.

PERO reconozcamos sinceramente que el Movimiento ecuménico organizado nació dentro del protestantismo. Fue el llamado Movimiento de Oxford el que comenzó en 1833 el posible acercamiento entre Iglesias cristianas. Pensaban los amigos del más tarde Cardenal Newman, cuando todavía no se había convertido a la Iglesia católica, que el anglo-catolicismo (rama de inspiración católica del anglicanismo) era la «vía media» entre el protestantismo y el catolicismo, y podía ser el elemento básico para la realización de la unión.

Pero —como siempre ocurre— toda solución intermedia está condenada al fracaso; y esta vez también se cumplió así. Y todo quedó en proyecto sin consecuencias.

En 1910 fue cuando eficazmente se creó la primera Conferencia Misionera mundial de las Iglesias protestantes. En Edimburgo, bajo la impulsión del pastor John R. Mott, se tuvo esta Asamblea. Un hecho real, el escándalo que produce en las misiones la división de los cristianos, fue el punto de partida. Y creo que ese es uno de los principales caminos para conseguir algo efectivo.

Hoy los obispos católicos en países de misión, o en países donde el cristianismo está en minoría, son conscientes de este gran mal de la desunión. Por eso combaten con todas sus fuerzas el proselitismo desleal entre grupos cristianos; «dicho proselitismo para ganar a los individuos (de otras Iglesias a la Iglesia católica)... no lograría sino retrasar por más tiempo, y comprometer nuestros esfuerzos para aproximarnos más y más» (Obispo de Inongo, 1964). «Nuestro fin primero —sigue diciendo este Obispo católico— no es atraer a los individuos de otras Iglesias a la Iglesia católica, sino preparar el terreno para realizar un día la comunión perfecta de estas comunidades en la Iglesia universal».

Hace unos años asistí yo en Madrid a una Semana de Teología y un religioso leyó una ponencia cuyo tema era las conversiones al catolicismo, y en el diálogo posterior llegó a afirmar que era preferible

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

que hubiera incrédulos o semi-incrédulos que no protestantes, porque eran más fácil convertirlos a aquéllos al catolicismo. Lo contrario de lo que hoy piensa todo católico sensato; porque «sinceramente deseamos que sus Iglesias sean fervorosas, y que sus cristianos sean fieles a su fe; la unidad y la comunión perfecta no se verán realizadas con Iglesias en decadencia, y con cristianos tibios» (Obispo de Inongo).

EN la semana de la unidad —octavario para ser más exacto— que se celebra en todos los países del mundo, en enero de todos los años, se reza y se habla —entre otras cosas— por la unión de los cristianos. Un anglicano, convertido al catolicismo, el P. Watson, la instauró antes de entrar en la Iglesia católica.

Un primer paso para esta unión sería considerar a los hermanos separados no como pertenecientes a sectas protestantes, que es cosa que les ofende, sino, como dice el decreto conciliar, a «Iglesias y comunidades eclesiales». Desde el siglo XV la Iglesia católica había rehusado dar este nombre a los hermanos cristianos; hoy, en cambio, se lo da oficialmente, sin recelo alguno, porque «aunque las Iglesias y comunidades separadas tienen sus defectos, no están desprovistas de sentido ni de valor en el misterio de la salvación», afirma el Concilio, contra lo que pensaban casi todos los teólogos católicos, hasta hace poco, en que apenas daban carta de naturaleza a esas comunidades; sino que solamente salvaban la buena fe de los individuos, pero no la fuerza espiritual del grupo o comunidad de fe.

La época de la teología católica elaborada polémicamente está en vías de terminar: hagamos un esfuerzo porque esto sea de verdad, y cuanto antes.

Los católicos debíamos abochornarnos, sobre todo, de esos libros de polémica, como el que hizo el célebre teólogo del siglo XIX, Padre Perrone, que está lleno de inexactitudes y de injusticias, y que sigue inspirando algunas publicaciones actuales. Todavía en 1950 se reeditó, y entre las cosas que afirmaba era: que los fundadores del protestantismo fueron «un rebano de Epicuro bajo todos los respectos»; a quienes «nada les importa la religión... (y) el protestantismo no es para ellos más que un medio para introducir más fácilmente la irreligión y la incredulidad, y por último el comunismo y el socialismo»; y, por si esto fuera poco, afirma que los que se hacen protestantes «son lo peorcito de todos los países»; y que los gobiernos que protegieran al protestantismo «se suicidarían sin remedio». ¿No es esto lo contrario de lo que ahora en 1965 afirma el Concilio? ¡Vaya factores de la unión que han sido esos escritores bienintencionados quizá, pero totalmente equivocados!...

De esta manera haremos el mejor homenaje a los pioneros católicos, que vivieron rodeados de toda clase de suspicacias: al Padre Portal y al Padre Couturier en Francia, al benedictino D. Beaudouin en Bélgica, al teólogo Karl Adam en Alemania, y al de todos conocido Padre Yves Congar O. O., tan apreciado por Pablo VI, a pesar de la sorda persecución intelectual que habían padecido hasta hace poco.

De esta forma colaboraremos decididamente con el Movimiento promovido por ese Consejo Ecuménico de Iglesias, que iniciado en 1925 por el Obispo luterano Söderblom en la reunión de Estocolmo, seguido en 1927 en la de Lausana, y en 1937 en Oxford y Edimburgo, tuvo su culminación con la primera Asamblea internacional para constituir formalmente el citado Consejo. Su secretario general, W. A. Visser't Hooft lo organizó definitivamente en Amsterdam en 1948. Después fueron Evanston (U. S. A.) y Nueva Dehli (India) teatro de estas reuniones, que culminaron en la Asamblea teológica de 1963 en Montreal (Canadá). Esa es la historia difícil, de la unión tan deseada por todo hombre de buena voluntad.